

## Dos historias al pelo para el referendun

Consideradas no sólo por Jesucristo, sino también por José Enrique Rodó como la forma mejor para darse a entender, ha querido la suerte, sin embargo, que las parábolas desapareciesen casi definitivamente de las discusiones humanas. Nadie emplea ya mayores rodeos en este mundo para decirse las cosas a la cara, y la parábola, como tantas otras formas de la cortesía profunda, ha tomado hace rato el camino de lo pasado de moda.

Perdón pedimos, pues, por proceder a la antigua y por parábolas, para emitir sobre el referendun y el vintén que lo motivó, una opinión que nadie nos ha pedido.

### Historia primera

Cualquiera es dueño de conocerla de antemano. Se llamaba Piotr y el apellido, que no recuerdo, era eslavo. El hombre, un pobre hombre, un campesino mal alimentado como los hay millones en la tierra, había visto pasar en pocos años por sobre la suya, las dos grandes olas totalitarias del siglo. Primero, los alemanes devorándolo todo hacia el este; después, los rusos, comunizándolo todo, hacia el oeste. En Bulgaria, en Rumania, en Letonia —no importa dónde— el hombre vió terminarse la guerra y quedó como uno más, atrás de la discutida cortina, haciendo lo mismo que habían hecho sus abuelos durante centurias: labrar los campos.

El destino, que no lo había elegido para muerto durante el conflicto, y que lo había despreciado también como habitante posible de campo de concentración en muchas oportunidades, lo llevó, sin embargo, a una aventura que para Piotr resultó peor, si cabe. Al cumplirse el primer año del primer plan quinquenal auspiciado por el nuevo gobierno de la República Popular, Piotr fue indicado como uno de los que debían hablar, desde la radio, en la propaganda del nuevo régimen. Piotr debía decir, frente al micrófono, las excelencias del nuevo sistema de producción, y la forma en que la explotación del hombre por el hombre había sido superada, posibilitando el nuevo paraíso popular en que vivía. Piotr tenía que explicar y elogiar la transformación producida en su aldea, tenía que señalar las ventajas del nuevo arado utilizado, historiar las cifras de la producción agrícola acrecida y propagar al mundo la felicidad y el bienestar dentro del cual se habían visto encauzados sus días.

En la fecha fijada, fue llevado Piotr hasta el edificio ciudadano de la emisora, en cuyas antecámaras rumió durante horas y horas el discurso escrito por el delegado civil de su pueblo al que el acento rústico y la voz inculta de Piotr debían prestar un matiz de verdad incontrastable.

Cuando llegó la hora (que para Piotr resultó veinticinco, como se verá), y se encontró frente al micrófono, y a los funcionarios, y a la fonoplatea, y a las luces, y a las paredes de corcho, etc., un acontecimiento fatal tuvo lugar. Piotr, pálido y verde, había perdido la memoria del discurso y con ella el uso de la palabra. Se sintió tomado por ambos brazos y una voz irritada que quería resultar comprensiva, le soplo al oído:

—Vamos, Piotr... El mundo entero te escucha. Tienes que decir lo de tu aldea. Tienes que contar los progresos realizados, tienes que hablar de la liberación de tus hermanos...

—¿El... el mundo entero me va a oír? — tartamudeó Piotr, blanco como el papel. ¿Está seguro?

—Claro, Piotr, claro... Y todos están ansiosos por oírte. Recuerda lo que tenías pensado decir, Piotr... El arado, las cifras de la producción de trigo... Anímate, Piotr! El mundo entero te escucha...

Entonces Piotr no recordó nada seguramente, ni pensó nada tampoco. Porque prendiéndose con las dos manos del micrófono, gritó con toda su alma:

—Socorro! Socorro! Socorro!

Un vintén pa'la copa...

Y así fue cómo, tras fracasar como personaje de la propaganda rusa, Piotr comenzó a servir como personaje de la propaganda norteamericana. Si pasó o no pasó, si es vero o no, no lo sabemos. Nos basta en todo caso con el bene trovato y con el que pueda aplicarse a lo nuestro.

Si a Piotr le hubieran brindado una ocasión microfónica para hablar del dos de ese vintén sacrosanto en que se quiere aumentar, y en que no se quiere dejar aumentar, los boletos de los ómnibus, se hubiera puesto a hablar... del Consejo del Niño, del Asilo Dámaso Larrañaga, de la Colonia Suárez, del Hospital Vilardebó, del Hospital Saint Bois, del Asilo de los Viejos, de las colocaciones en "cuidadoras" y en "custodia" de los menores abandonados, y de tantas otras de esas cosas todavía sin plebiscitar que podríamos resumir, estilo Piotr, con Socorro! Socorro! Socorro!

Francamente, si la medida de un pueblo se diera por la magnitud de las cosas que lo conmueven, arreglados estaríamos nosotros, que nos perdimos el año 1950 con Maracaná, y que nos vamos bebiendo de un trago este ya más que mediado 1951, con un vintén que a esta altura, más que dos ceros a la derecha, parece llevar 800.000 montevidéanos, como otros tantos ceros, a la izquierda.

En principio parecería que toda persona que creyera valer más de dos centésimos, debería sentirse colocada por encima de este pleito atroz

sobre cuanto deben estrictamente valer, en este momento crucial de la historia del mundo, después de dos guerras y de cuatro campeonatos (mundiales todos y ganados todos, guerras y campeonatos), los pasajes en ómnibus en el paralelo 35 Sur. La realidad, sin embargo, nos muestra lo contrario. Y aquí estamos, como pétalos de margarita romántica, arrancándonos todos por "SI" o por "NO", para decidirle al tímido novio Barbafo su batalla de amor, su inmediata conducta.

El vintén, así, que dejó de servir hace rato para comprar nada (ni fósforos, siquiera; ni la copa aquella del "si no me das un vintén pa' la copa..." siquiera), paradójicamente sirve, ahora que no vale nada, para que nos pelemos todos por él, unos contra otros, divididos en dos nuevos bandos —rosado y verde—, que hasta en lo desteñido de los colores elegidos muestra su decadencia y la decadencia de un pueblo agitado, ayer no más, por pasiones más tajantes y mejor entintadas: blancas del todo, coloradas del todo.

Ni a la dignidad mínima del 03 de San Cono llegamos con este "dos" exiguo que nos divide, y cuyo destino final, para más armonía, debe ser decidido un día 22. Que es como decir, una fecha de dos vintenes: el vintén positivo de los "rosados", el vintén negativo de los "verdes".

### Socorro!

El panorama de la tuberculosis en el país te es seguramente conocido, lector. Hace unas semanas proporcionamos desde esta misma página una reseña llena de elogios para la Comisión Honoraria de la Lucha Antituberculosa, donde sin quererlo, te mentimos. En efecto: afirmamos, para tranquilidad de tu conciencia y de la nuestra, que la tuberculosis decrecía en el país. Y dimos hasta cifras. Dijimos que, en menos de un lustro, la cifra de 2.600 muertos anuales había bajado a 1.600 escasos. Pues bien: las cifras son ciertas, pero lo de que la tuberculosis va en descenso no lo es. O mejor: lo es, pero sin serlo.

Entre los niños del Consejo del Niño, por ejemplo, la tuberculosis va en aumento. Como aquel Marqués de Bradomin que decía que todos los españoles se dividían en dos grandes categorías ("El Marqués de Bradomin... y todos los demás"), el niño del Consejo del Niño, puede afirmar que todo en este país se reparte en dos grandes grupos también: el grupo formado por él, y el grupo formado por todos los demás.

Los índices de morbilidad por tuberculosis (creo que se dice así...) arrojan, por ejemplo, para los niños de las escuelas montevidéanas, un 0,37 por ciento. Las cifras correspondientes para la Universidad de Mujeres, son de un 0,4 por ciento... El índice similar para los niños que dependen del Asilo Larrañaga no es, como te imaginas, muy fácil de averiguar. Parece que a estas horas recién se han puesto a calcularlo en el Ministerio de Salud Pública. Pero te puedo adelantar —de la mejor fuente—, que ya se sabe que ese índice no se escribirá con un cero y una coma al principio. Se escribirá con un número redondo: llega

casi a cinco. Será —es— de 4,7 ó 4,8%. Y va en aumento... O iba en aumento, por lo menos, hasta que el discutido Dr. Sarli llegó como interventor a la institución de la que ahora lo quiere sacar, por cualquier medio, el Consejo.

Con todo lo grave que esto pueda parecerte, no lo es, con todo, tanto como lo que viene ahora. En el año 1938, el índice para los niños del Larrañaga era de 8,3 por ciento. Vino en ese año el Dr. Sayé, un tisiólogo catalán que se ocupó de combatir la tuberculosis entre esos pibes. El resultado fue que el índice del 8,3 por ciento de 1938-39 bajó a 3,7 por ciento en 1940-41. Después se fue el Dr. Sayé... y las medidas de lucha antituberculosa que el Consejo dice haber tomado él y niega que haya inaugurado Sarli, dieron como consecuencia que el índice repuntara nuevamente hacia ese casi 5 por ciento actual. ¿Te das cuenta de lo que eso quiere decir?

Pues quiere decir que la tuberculosis del Consejo del Niño no ha vuelto al 8 por ciento o al 10 por ciento porque se la combate desde afuera del Consejo del Niño, en la calle, en las fábricas, en los arrabales, y en las casas donde nace el niño del Consejo del Niño, por la Cruzada Antituberculosa. Cercada, acorralada afuera y batida en todo el país, la tuberculosis no pudo engordar a más de ese 5 por ciento citado porque no tuvo más alimento que el que el Consejo le reservaba celosamente dentro de sus paredes.

Qué tragedia el boleto a diez! Qué espantoso!

El niño del Consejo del Niño, claro, está indignado contra Rodríguez Correa y contra Álvarez Cina, que en 1944 dijeron, no sé en que tertulia familiar, que el transporte tenía que ser regalado, como en Sudáfrica. Menos mal, como dice el niño del Consejo del Niño, que ahora tenemos plebiscito...

—Nosotros — dicen — vamos a votar por el boleto a \$ 0.08... y por la tuberculosis a 3,7 por ciento, como hace unos años.

Claro que lo mejor es no llevar a ese Niño a una radio. Porque en vez de salir hablando mal de Barbato, como corresponde, de repente le da por gritar como Piotr:

—Socorro! Socorro! Socorro!

O por ponerse a llorar, que es tanto más cursi. O por quedarse simplemente con esa cara flaca, triste, triste, triste que cualquiera que vaya a visitarlos puede verle.

Nuestro pueblo, mientras tanto, y nuestros partidos políticos, mientras tanto, que tienen también sensibilidad — una sensibilidad bárbara — para estos problemas, salen con un nudo en la garganta del Cine Rex, donde dan estos días la película campeona del mundo "Domani è troppo tardi". Una gran película, viejo. Un valiente alegato en pro

de los niños. Con una tesis fenomenal: la de que en las escuelas italianas, es mejor que se deje comer y tener recreos todos juntos a los varones y a las niñas. Porque lo contrario es catolicismo anticuado y falta de psicología. Flor de película! Los uruguayos, claro, ni bien la vimos, comprendimos que había que darle el primer premio. Domani, viejo é troppo tardi, para los niños italianos. Domani é troppo tardi, también, para rebajar el boleto. Para el niño del Consejo del Niño, domani no é troppo tardi, en cambio.

El Dr. Praderi, incluso, sostiene que, domani, él mismo, junto con los otros consejeros, va a arreglar todo. Siempre y cuando le dieran rubros, claro. ¡Hay que ver las cosas que haría el Dr. Praderi y sus colegas de Consejo, domani mismo, si les dieran cuarenta o cincuenta millones de pesos! ¿Se da cuenta usted, los adelantos que se pueden conseguir, teniendo rubros? Se pueden comprar rebenques, por ejemplo, en vez de seguir pegando con la mano, como hasta ahora. Se pueden poner puertas blindadas, de acero legítimo, como las de las prisiones modelo estadounidenses, en los pabellones de la Colonia Suárez. En fin: se podría poner hasta silla eléctrica en los albergues, en vez de suprimir muchachos por el anticuado método de matarlos de hambre, como hasta ahora.

Mire, amigo: cuando uno piensa que estos bandidos van a poner ahora el boleto a diez, le juro que dan ganas de hacer una revolución!

#### Historia segunda

Pasó en España. Durante la guerra civil. Se trata de un Lord inglés, loco por los caballos de carrera, que se llama, un suponer, Westinghouse, y tenía uno de sus mejores caballos en España. En la confusión de la guerra civil, el caballo, trasladado rápidamente de una ciudad a otra, se pierde. El Lord, que es un alma caritativa, fleta enseguida una expedición de mayordomos para localizar el caballo y devolverlo a las praderas de la dulce Inglaterra.

Tras muchas fatigas, el jefe de los mayordomos enviado, llega a una casa en una aldea española. De acuerdo con sus informes, el caballo fue visto por última vez en aquel sitio.

En la puerta de la casa, con cara inexpresiva, está sentado el dueño de la misma y el mayordomo le pregunta por el caballo de Lord Westinghouse. Tras una corta mirada al mayordomo, el español llama a su mujer.

—María!

Con la piel sobre los huesos, unas ojeras que le devoran la cara y una tristeza capaz de despertar el interés humano del propio Lord Westinghouse, aparece una mujer llorosa en la puerta.

—María... — dice el español — ¿Dónde está tu padre?

—¿No lo sabes acaso? — dice la mujer — ¿No sabes que lo fusilaron los fascistas el primer día de la guerra?

—Es verdad —dice el hombre— ¿Y tu hija? ¿Dónde está tu hija?

—La mataron los moros! La violaron y la mataron! — contesta la española poniéndose a llorar.

—¿Y tu hijo? ¿Nuestro hijo Juan? ¿Dónde está nuestro hijo Juan?

—Lo mataron! — dice sollozando la mujer. — Lo mataron esos asesinos! Lo destrozaron a golpes primero y lo fusilaron después!

Entonces, el español levanta la cara inexpresiva hacia el mayordomo y animándose de pronto con un sincero interés por el caballo, expresa:

—Qué lástima que se haya perdido un caballo tan valioso! Nada menos que el caballo de Lord Westinghouse!

---

Nada menos que un vintén de aumento! Qué barbaridad! Y vaya Dios a saber qué nos deparará todavía el plebiscito! Vaya Dios a saber si lo ganan los rosados o los verdes!